

I ndira Gandhi

El asesinato de Indira Gandhi por dos de sus propios guardias el 2 de noviembre causó estupefacción, dolor a algunos, júbilo a otros pero no sorprendió demasiado. Las circunstancias, como todas en un asesinato político, eran inesperadas pero el acto mismo no lo fue. En una nación cuya unidad es más tenue que en otras por su historia y por la diversidad étnica, lingüística y religiosa de sus habitantes, en un país desgarrado en repetidas ocasiones por luchas sangrientas entre diferentes comunidades, Indira Gandhi fue constantemente el símbolo de la viabilidad de la India como nación unida y el blanco de los ataques de los que no querían que así fuera.

Indira Gandhi sorprendió al mundo al constituirse en una dirigente fuerte y decidida. La tímida hija de Nehru, el forjador de la independencia de la India, fue impulsada hacia la vida política y hacia el poder por un afán de continuidad. En un país que no se caracteriza por la independencia de sus mujeres y en el cual la religión de las mayorías está dominada por una casta sacerdotal guardiana de usos y costumbres tradicionales, la elección de una mujer para que continuara la obra gigantesca de mantener la unión y la independencia de la India, puede parecer algo insólito. Sin embargo, es precisamente la vena conservadora de ese país y de sus dirigentes la que permitió el ascenso de Indira Gandhi. Al morir Nehru, el partido en el poder, el partido del Congreso, necesitó una figura que garantizara la continuidad de una línea política. La hija del líder muerto pareció ser la persona adecuada para ocupar, al menos simbólicamente el lugar de dirigente nacional.

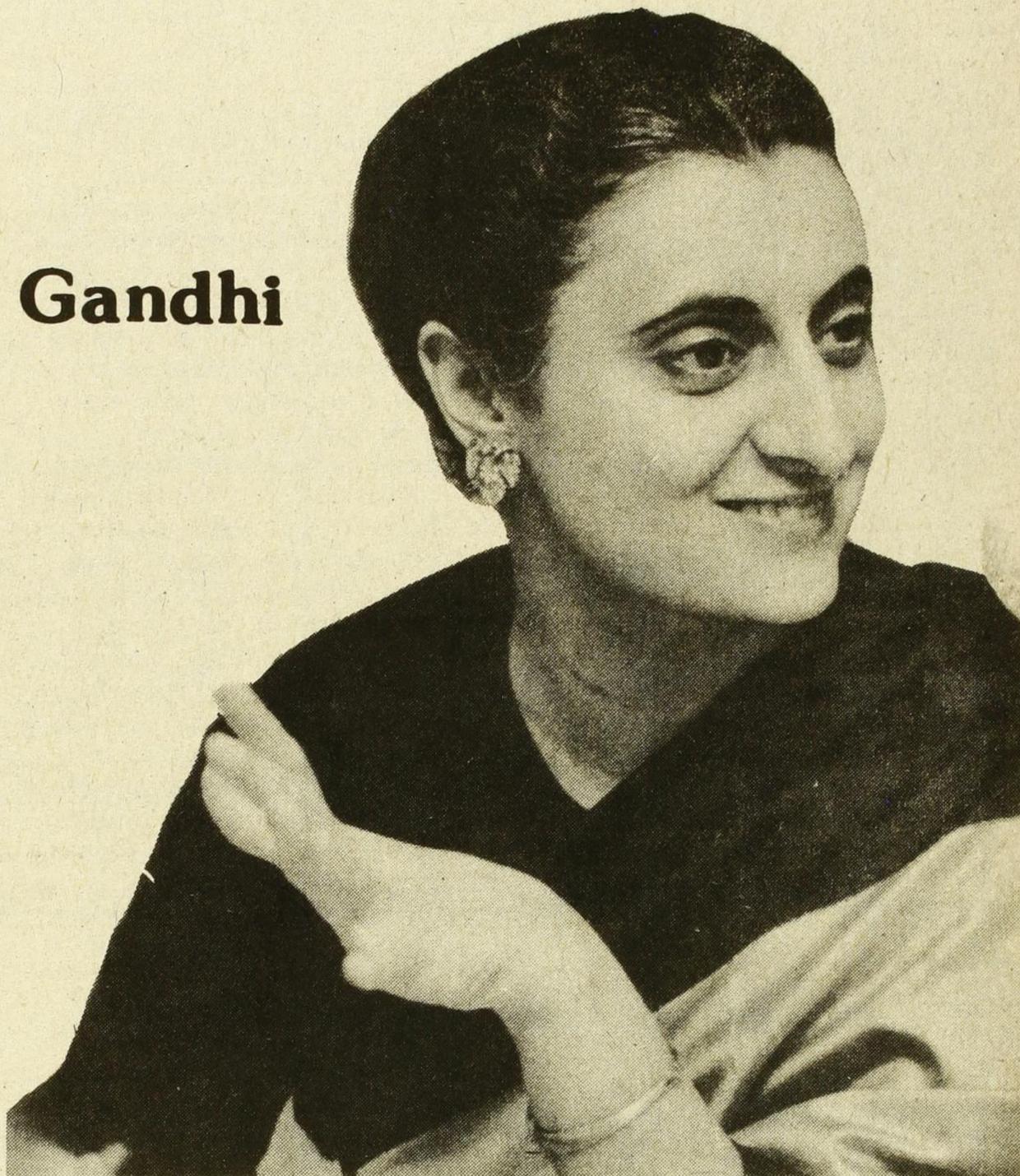


Foto: Carl Mydans (1956)

Indira Gandhi, sin embargo, no fue un títere ni un símbolo. Los años en los cuales había acompañado a su padre viudo, actuando como primera dama, le enseñaron mucho más que el mero protocolo social. En poco tiempo se convirtió en una política inteligente y astuta y asumió el mando de su país con una firmeza que sorprendió a unos y enojó a otros. No se trata de hacer aquí una evaluación de Indira Gandhi como política; ciertamente en su larga carrera tuvo aciertos y cometió errores, pero no se puede poner en duda su capacidad y su empeño en hacer de su país una nación importante y ejemplar. Supo mantener un equilibrio entre las dos potencias y fue paladín del movimiento de no-alineados; también fue capaz de convencer a una mayoría de su pueblo de que velaba por sus intereses y se preocupaba por su

bienestar. "Indira se interesa en nosotros", decían los humildes y el dolor que mostraron centenares de miles de indios por su muerte es prueba de su popularidad.

Indira Gandhi murió víctima de una violencia que ella misma alimentó al tratar de contener lo que le parecía inconcebible: la fragmentación de un país que ella había ayudado a forjar. La violencia de la represión de los sikhs separatistas alimentó el odio de ciertos sectores de la población en su contra. Ella, seguramente estaba consciente del riesgo que eso significa, sin embargo estuvo dispuesta a correrlo y pagó por ello con su vida.

